

¿Cuánto debe Occidente a la ciencia árabe-islámica?

La presencia actual de una imponente masa de inmigrantes árabes obliga inevitablemente a los ciudadanos europeos a medirse con otra civilización y, sobre todo con otra religión: el Islam. Civilización y religión que hoy (y yo añadiría por fin) es necesario conocer, puesto que, solo a través de un recíproco conocimiento y comprensión será posible alcanzar una convivencia pacífica que permita una colaboración provechosa en el interés general.

Se hace necesario, a la luz de cuanto sucede hoy (pero también en relación a lo que algunos personajes relevantes han afirmado erróneamente), trazar, aunque no sea más que de forma breve, una panorámica de los contactos y las mediaciones entre la civilización árabe-islámica, desde su surgimiento en el siglo VII, y el Occidente cristiano. Antes de entrar en materia, no parece inútil en absoluto una alusión al nacimiento del Islam y a su prodigiosa difusión en tres continentes, fenómeno que no tiene parangón en la historia del hombre. En efecto, los árabes no solo invadieron inmensos territorios, sino que los unificaron y les dieron una nueva conformación cultural. Esa es la razón por la que, cuando se habla de la civilización islámica de aquella época, se use generalmente, en sentido extensivo, la expresión civilización árabe, para indicar a todos aquellos que, pese a pertenecer a etnias diversas, contribuyeron a difundir la nueva fe y usaron la lengua árabe,

lengua del Corán, como medio universal de cultura, especialmente en el campo de la ciencia.

Los árabes consiguieron, pues, amalgamar a pueblos muy distintos por origen, tradición, cultura y idioma, precisamente gracias a la religión que, al regular también muchos aspectos de la vida cotidiana, ha representado por ello un fuerte vínculo de unión que determinó la estabilidad de las conquistas musulmanas.

El artífice de este nuevo acontecimiento que, en cierto modo, ha cambiado el curso de la historia de la humanidad, es, como es bien sabido, el profeta Muhammad, nacido en La Meca en torno al año 570. A él le fue revelada la nueva religión monoteísta, y él dedicó su vida entera al objetivo de hacer que fuera aceptada como sistema religioso y político, al mismo tiempo, de carácter universal. A él corresponde además el haber instituido la *umma*, es decir, la comunidad de creyentes basada en una fortísima instancia de solidaridad recíproca, que se basa en el Corán como única Ley, única Guía para un recto comportamiento religioso, moral y civil. El jefe de esta *umma* es Dios, o Allah si así se prefiere, ante el cual todos los creyentes se sitúan en un plano de absoluta igualdad.

La expansión árabe-islámica dio comienzo en el año 633 y, en poco más de un siglo, se extendió como una mancha de aceite hasta alcanzar en oriente los actuales territorios de Uzbekistán, Kazakistán, Afganistán y Pakistán, y en occidente África septentrional, parte de España, ^{y Portugal} mejor conocida como Al-Andalus, y Sicilia.

Maravilla el hecho de que los árabes, pese a constituir una minoría que, lejos de sus tierras de origen, hubiera podido acabar por ser asimilada por las culturas y las tradiciones de los países conquistados, consiguieron en cambio llevar a cabo un profundo

proceso de arabización y islamización. Hay que tener en cuenta, además, que en todos los territorios conquistados los árabes se preocuparon por asumir y adoptar costumbres y elementos, nuevos para ellos, de las culturas con las que entraron en contacto, originando una cultura compuesta, heredera y continuadora de las preexistentes, destinada a tener notable influjo tanto en oriente como en el occidente cristiano.

Tal evolución cultural discurrió en paralelo con la tarea de organización de los territorios conquistados, según los principios del Islam, organización que supuso un gradual aunque profundo cambio respecto a la precedente ordenación, no solo de carácter político, sino también religioso, social y económico, que hizo registrar un auténtico terremoto, casi una revolución. Teatro de estos cambios de la situación general fueron principalmente los centros urbanos, muchos de los cuales se convirtieron en las grandes metrópolis del arabismo y formaron el armazón material de Dar al-Islam.

El progresivo aumento de los centros urbanos y el extraordinario desarrollo de las vías de comunicación favorecieron un fuerte incremento de las actividades comerciales. Los intercambios tenían lugar sin dificultad por vía terrestre y, sobre todo por vía marítima. Con las mercancías viajaban también las ideas y con ellas la nueva cultura compuesta: el árabe fue el idioma vehicular. Se impuso tanto por ser la lengua del Corán y por lo tanto el médium de la nueva fe y, como tal, usada para divulgar la doctrina del Islam, como por ser la lengua de los conquistadores, que se trasformaron rápidamente en clase dirigente: funcionarios, magistrados, soldados y grandes comerciantes hablaban árabe y, por necesidad social y económica, era inevitable usar su lengua.

La arabización pues, entendida como adopción de la nueva lengua, ayudó a la difusión y el desarrollo de la cultura árabe-islámica. Esta, desde el siglo VII se había valido de la contribución de numerosos científicos pertenecientes a religiones y etnias diversas, a la vez que asimilaba y metabolizaba cuanto podían ofrecer entonces las grandes civilizaciones del Irán, de la India y, sobre todo, de Bizancio. Fascinados por la herencia cultural de las zonas sometidas, los árabes hicieron de estas objeto de estudio y indagaron en sus fuentes, fieles a las enseñanzas del Profeta que, según cuánto refiere la tradición, recomendó: "Busca la ciencia, aunque sea en China", "Persigue el saber de la cuna a la tumba" y "La búsqueda del saber es un deber para todo musulmán, hombre o mujer".

Al entrar en posesión de textos antiguos escritos en griego, sirio, persa o sánscrito, hicieron que fueran traducidos al árabe. Las primeras traducciones se realizaron sobre todo del sirio, dado que el conocimiento del griego no estaba muy difundido. Solo en un segundo momento fue posible traducir directamente del griego al árabe, innovación esta que viene generalmente atribuida al más famoso de todos los traductores, un cristiano nestoriano de al-Hira, Hunayan Ibn Ishaq (809-873), que había aprendido griego y había visitado varias zonas del imperio bizantino.

Pero los doctos eruditos musulmanes no se limitaron a servir de transmisores del pensamiento de quienes les habían precedido, sino que fueron sus auténticos continuadores mediante nuevas, originales reelaboraciones, aportando notables contribuciones y aplicando métodos experimentales en distintos sectores de la ciencia.

En lo que a las matemáticas se refiere, corresponde a los árabes el mérito, entre otras cosas, de haber revalorizado y organizado el uso de los llamados números árabes que, en realidad, árabes no son sino de origen indio. Y hay que recordar que fue un toscano, el celeberrimo Leonardo Fibonacci, o más comúnmente Leonardo Pisano, quien, en la colonia pisana de Bugia, donde su padre Guglielmo era *publicus scribe* en la aduana de Bugia, *pro pisanis mercatoribus*, nombrado por la Señoría (*a patria constitutus*), fu instruido de joven "en el ábaco al modo de los Hindi". Y es al *Liber Abbaci* (1202) del gran matemático pisano, que vivió a caballo entre los siglos XII y XIII, al que Europa debe la introducción del sistema de numeración posicional indio, adoptado por los árabes, y en particular modo lo que podríamos definir como la "invención" del *cero* (ar. *sifr*), de donde se derivan *cero* y *cifra* asumiendo así en las lenguas romances un doble valor semántico no carente sin duda de significado. Y no resulta necesario subrayar aquí la importancia de la introducción de los números "árabes", especialmente del *cero*, para la creación de un "instrumento aritmético" al servicio del progreso y de la tecnología moderna.

La aportación de los matemáticos musulmanes fue notable también en el campo de la trigonometría. Fueron ellos, por ejemplo, quienes divulgaron en occidente la noción de "sentido", de origen indio, modificando así el sistema usado por los griegos de operar con "cuerdas". Y fue gracias al altísimo grado de desarrollo alcanzado en la trigonometría como los árabes llegaron a conseguir resultados considerables también en el campo de la astronomía.

La astronomía, junto a la astrología que a ella estaba casi siempre asociada (en árabe se utiliza para ambas la misma palabra

‘Ilm al-Falak), era para los musulmanes fundamental para determinar el inicio y el final del mes del ayuno (*Ramadan*), ambos ligados a la aparición de la luna nueva (*hilal*); así como establecer para cada día del año la hora exacta de las cinco plegarias rituales, lo que solo podía hacerse poniendo a punto sofisticadas tablas astronómicas (las primeras tablas aparecieron en Bagdad entre los siglos IX y X), tablas que se usaban con la ayuda de astrolabios, cuadrantes solares y meridianas, instrumentos que los árabes perfeccionaron y enriquecieron con nuevos detalles gracias a la extrema precisión de sus cálculos, que les permitieron determinar, en tan temprana fecha como 1070, el año en 365 días, 5 horas, 48 minutos y 49 segundos.

También contribuyó al desarrollo de los estudios astronómicos la necesidad de determinar para cada localidad la exacta dirección de La Meca (la *qibla*), hacia la cual, como es sabido, todo musulmán debe dirigirse cuando reza; de ahí la gran importancia para todo creyente de conocer la *qibla* y la difícil tarea para los científicos de diseñar indicadores de *qibla* cada vez más perfeccionados.

La profundización en los estudios y las investigaciones en el campo de la astronomía no tardó en llevar a la construcción de observatorios, que se convirtieron acto seguido también en centros de enseñanza de disciplinas científicas afines y lugares de encuentro de los más famosos estudiosos de la época. El primer observatorio islámico fue la *Shammasiyya*, construido en Bagdad en tiempos del califa abasí al Mai'mun (813-833), conocido protector de literatos, artistas y científicos. A este primer observatorio siguieron otros (como el famoso de Samarcanda) y, siguiendo ese modelo, surgirían más tarde los de Al-Andalus, destinados a ejercer una enorme influencia en el Occidente cristiano. En todo caso, habrá que llegar hasta el astrónomo sueco Tycho Brahe (1546-1601) para

hallar en Occidente observatorios comparables a estos primeros contruidos por los musulmanes.

La astrología, que en el Medioevo era considerada una ciencia típicamente árabe, fue cultivada también para satisfacer las numerosas solicitudes de horóscopos por parte de soberanos y príncipes, pero también de la gente común, al igual que para conocer el momento apropiado, en relación con la configuración de los astros, para que diera comienzo una acción u otra actividad. Nos limitaremos aquí a recordar al astrónomo y astrólogo Abu Ma^cshar al-Balkhi, conocido en Occidente con el nombre deformado de Albumasar (m. 886), autor, entre otras cosas, de *Kitab al-madkhal al-kabir ala 'ilm an-nagam* ("*Gran introducción a la astrología*") que fue traducido al latín nada menos que dos veces: en 1130 por Juan de Sevilla y en 1150 por Ermanno de Carinzia.

Matemáticos y astrónomos se dedicaron también a los estudios de física y, en particular a los de óptica, con innovadoras investigaciones acerca de la naturaleza de la luz y las leyes de la reflexión y de la refracción, así como sobre la retina y los problemas relativos a la vista. En los climas muy cálidos y en las regiones desérticas de Oriente las afecciones oculares eran (como por lo demás siguen siendo) mucho más frecuentes que en las zonas templadas, y constituían las principales causas de invalidez. Ello explica por qué en esas áreas geográficas tanto la medicina popular como la oficial siempre les han dispensado particular atención, recurriendo a las medidas más distintas, acaso fantasiosas, en la tentativa de curarlas. La primera entre otras muy importantes obras en este campo es decididamente el *Libro de los diez discursos acerca*

del ojo (*Kitab al 'Ashar Maqalat fi 'l-'Ayn*) del ya citado Hunayn Ibn Ishaq (809-873). El primero en ocuparse del tratamiento quirúrgico de las cataratas fue el médico árabe andaluz Abu 'l Qasim Khalaf Ibn Abbas az-Zahrawi, conocido en Occidente como Albucasis, también anterior al año Mil, quien en su *Cirugía* describe detalladamente la técnica de la operación "para evitar la calamidad acuosa".

La medicina árabe que dominó Oriente y Occidente entre los siglos octavo y trece, y cuyos reflejos se proyectan incluso hasta el siglo diecinueve, no ha recibido la misma atención reservada a la medicina escrita en otros idiomas. Al contrario, prejuicios de variada naturaleza, espíritu de revancha y forma mentis paradójicamente construida sobre errores históricos, llevaron a dos estudiosos de la talla de Francesco Puccinotti y Charles Daremberg a negar de forma notablemente singular la contribución de la ciencia médica de los musulmanes, sosteniendo la tosca tesis, por desgracia aún enraizada en la literatura occidental, de que los árabes no fueron más que los simples guardianes y transmisores de la medicina clásica, especialmente de la griega.

A esta tarea de falsificación histórica y de equívoco cultural —que ha generado una profunda aversión hacia la civilización islámica— contribuyeron también los máximos exponentes de la cultura occidental de los orígenes, especialmente Dante Alighieri y Francesco Petrarca (para no hablar de los autores del *Cantar de Mío Cid*, del *Orlando furioso*, de la *Jerusalén liberada*, etc.). Era, efectivamente, una época de "guerras de religión", de luchas entre dos concepciones de vida, entre dos culturas, entre dos tendencias del espíritu humano que siguen enfrentándose aún, si bien a distinto nivel. Pero era también una época en la que, mezclando ciencia y

religión, se sentía agudamente la necesidad de borrar esos "efectos nefastos" de la ciencia islámica ("la fuente de todos los males", como la definía Petrarca) que había caracterizado el siglo XIII, llamado precisamente "el siglo sin Roma".

Occidente, como consecuencia, no podía dejar de estar condicionado por ese estado psicológico que podríamos denominar "síndrome del deudor", la violenta antipatía que caracteriza al personaje del acreedor, en especial si el acreedor, como en el caso de la civilización árabe-islámica, es un cuerpo extraño, rechazado por la conciencia de la colectividad, odiado y acosado por las propias instituciones políticas, sociales, culturales y religiosas. Es más, el enañamiento contra el acreedor en estas condiciones se convierte en un deber casi moral y una obligación para la supervivencia en esa sociedad.

¿Cuánto debe Occidente en cambio a la civilización árabe-islámica, y a la medicina en particular?

Los árabes habían cultivado, desde el periodo preislámico, una tradición médica propia que después, con la llegada del Islam, fue incrementada a través de específicos versículos coránicos relativos a los principios generales de higiene y a varias cuestiones médicas. Son además muchas las tradiciones que se remontan al Profeta y que trataban de distintas enfermedades, de la higiene y de la salud en general, tradiciones recopiladas en una obra bien conocida como *Tibb an-Nabí* ("Medicina del Profeta") que tuvo un gran influjo en las costumbres dietéticas e higiénicas de los musulmanes.

Con esto bagaje de conocimientos, los árabes, tras haber conquistado Egipto e Irán, entraron en contacto con los mayores centros de la ciencia médica de aquellos tiempos: Alejandría, famosa

por la medicina griega, y Gondishapur, en los alrededores de Ahwaz en Irán, activo centro de enseñanzas médicas y sede del famoso hospital, así como punto de confluencia de estudiosos griegos, persas, sirios, indios y judíos. Más tarde se construyó en Bagdad un hospital siguiendo el modelo del de Gondishapur, que acabó por convertirse en el prototipo de muchos otros que surgieron a continuación en territorio islámico. En estos hospitales, cuyo nombre *bimaristan* revela claramente su origen persa, trabajaban médicos y cirujanos de todas las razas y religiones, tenían salas separadas para las distintas categorías de enfermos, contaba con una farmacia anexa y, la mayoría de las veces, con una biblioteca también.

Este fervor por la investigación estimuló el deseo de aprender más de la ciencia del pasado y dio comienzo así la traducción sistemática de obras, sobre todo, griegas, en Bagdad, en la famosa *Bayt al-Hikma* ("Casa de la Sabiduría"), instituida a tal propósito por el califa al-Ma'mun (813-833). Estas traducciones hicieron necesaria una actividad lingüístico-filológica para superar la carencia de terminología correspondiente a la griega y para acuñar nuevos vocablos árabes adecuados para reproducir, de la forma más apropiada, términos técnicos hasta entonces desconocidos.

La traducción de numerosos textos de medicina, la institución de centros de ciencia médica y de hospitales, sirvió para la preparación de especialistas, cuyas obras se hicieron famosas y ejercieron en lo sucesivo un notable influjo en la ciencia europea: baste con pensar en la contribución musulmana y, en especial en la de Constantino Africano para el desarrollo de la escuela médica salernitana.

Los estudios de medicina tuvieron también gran importancia por sus estrechos lazos con otras ciencias afines, en especial con la filosofía. Es sabido que muchos filósofos y científicos, como Avicena (980-1037) y Averroes (1126-1198), fueron médicos también. Habría mucho que decir acerca de la filosofía, que en el mundo islámico dio comienzo hacia el siglo IX con la traducción al árabe de textos filosóficos griegos que los árabes consideraban entonces una de las *'Ulum al-Awa'il* ("Ciencias de los Antiguos"), como antítesis de las ciencias religiosas de la tradición islámica, de modo que se aproximaron a ella con un interés entreverado de suspicacia, debido a escrúpulos religiosos hacia cuanto podía parecer contrario a los dictados de la fe islámica.

La vida de los filósofos en el interior de la comunidad musulmana no siempre fue fácil. Siendo bastante mal vistos por los intransigentes teólogos y cultivadores de las ciencias religiosas islámicas (*fuqaha'*, *'ulama'*), los filósofos fueron tachados en varias ocasiones de herejía y obligados a pagar a alto precio su interés por sus estudios. En realidad, filósofos y científicos fueron por lo general hombres de fe que se esforzaban por conciliar el pensamiento griego con la religión, considerando el estudio de las ciencias no como un fin en sí mismo, sino como una actividad consagrada a penetrar en el misterio del mundo, mediante la profundización de la verdad teológica. Su obra ha de ser considerada como una labor de recuperación del pensamiento clásico, pensamiento del que Occidente en el medioevo tenía un conocimiento limitado y que pudo ser progresivamente redescubierto gracias a las traducciones y a las reelaboraciones llevadas a cabo por los árabes.

España y Sicilia fueron dos de los cauces importantes de transmisión entre la cultura islámica y Europa, aunque, paradójicamente, no debemos olvidar que en el periodo de las Cruzadas (conocidas en el mundo árabe y musulmán como "ataques de los Francos"), aparte de las hostilidades y de los combates, ambas culturas convivieron a menudo con espíritu de colaboración y recíprocas ventajas.

Situada en el centro de los itinerarios que, a través del Mediterráneo, ponían en contacto Oriente y Occidente, la isla de Sicilia hizo suyas corrientes culturales de las que se hicieron transmisores los numerosos eruditos procedentes de distintas regiones, de paso por la isla o destinados a demorarse en ella durante periodos más o menos prolongados. Allí la cultura islámica se entreveró con la local, impregnada a su vez por influjos de los precedentes estratos de la población: indígena, púnica, griega, latina, bizantina, hebraica.

Como resultado de este encuentro, aparte de todas las extraordinarias obras de arte que han pervivido, baste con pensar, en el campo de la cultura y de la ciencia, en el mayor geógrafo del Medioevo, Al-Idrisi, que compuso para Ruggero II el Normando (1130-1154) su famoso tratado de Geografía titulado *Nuzhat al-mushtaq ila ikhtiraq al-aafaq* ("Entretenimiento para apasionados viajeros por el mundo"), más conocido precisamente como el *Libro de Ruggero*. Está dividido en siete "climas" o franjas, según el reparto tolemaico; contiene una descripción del mundo extremadamente detallada, si se tiene en cuenta el estado de los conocimientos geográficos en la época en la que fue redactado, y se enriquece con setenta mapas (diez para cada uno de los siete climas), completados con notas descriptivas. La edición integral del texto árabe de esta obra fue

publicada entre 1970 y 1984 por el Istituto Universitario Orientale de Nápoles y por el Istituto per il Medio ed Estremo Oriente de Roma.

En el campo de la agricultura los árabes no solo llevaron a Sicilia el sistema de irrigación más avanzado e idóneo para las necesidades de la isla, sino también los cítricos y las verduras (limones, naranjas, moreras, caña de azúcar, algarrobas, alcachofas, espinacas, etc.), que constituyen todavía hoy su fortuna, incluso económica. ¿Y qué decir de la cocina, del helado y de la pastelería sicilianos, tan renombrados? ¿O es que la *cassata*, para recordar el más goloso dulce siciliano, no es de tradición árabe? Hasta su nombre desvela claramente su origen, *cas*ª —un recipiente de 33 cm de diámetro, usado entonces para hacer dulces. El capítulo de las especias y de los perfumes requiere un tratamiento aparte por su notable influencia sobre la vida occidental.

Pero la tierra donde la civilización islámica se desarrolló de la forma más original y alcanzó un extraordinario esplendor fue Al-Andalus. Durante los cinco siglos de dominio musulmán, siete si se cuenta el Reino de Granada, Al-Andalus fue el centro donde la cultura árabe-islámica se fundió con una civilización que hundía sus raíces también en la herencia romana. Una pluralidad de elementos, étnicamente distintos —árabes, beréberes, ibero-romanos, visigodos, judíos— sirvió para enriquecer tal cultura y para imprimirle un carácter especial, casi de mosaico armónicamente compuesto.

Cuando más tarde Al-Andalus, a la caída del Califato omeya de Córdoba (1031), se fragmentó en numerosos pequeños estados, el descentramiento político determinó un descentramiento cultural que permitió el maravilloso florecimiento científico y artístico que

caracterizó el siglo XI. Tan extraordinario esplendor, fruto de la coexistencia y de la colaboración del Islam ibérico, de la cristiandad medieval y del judaísmo, estaba destinado a irradiarse por otras naciones de Occidente, entonces aún en pleno declive. Córdoba, Sevilla, Granada, Huesca, Segovia, Toledo, Barcelona, se convirtieron en centros de una intensa vida intelectual y artística donde el pensamiento, que gozaba de una notable libertad, pudo desarrollarse en distintas ramas del saber.

La contribución de Al-Andalus a la historia de la civilización fue inmenso. Sobre todo importante fue la tarea de revisión de las traducciones realizadas en Oriente entre los siglos VIII y IX, de las que ya se ha hablado. Doctos andalusíes, gracias entre otras cosas al desarrollo de un vocabulario técnico, fueron los principales artífices de tal revisión, llevada a cabo con gran precisión. Estos eruditos no se limitaron sin embargo a la mera transmisión del pensamiento griego y oriental, sino que fueron también sus auténticos continuadores mediante nuevas y originales reelaboraciones. La España musulmana fue pues el eslabón de trasmisión de la ciencia de aquel tiempo desde Oriente hacia Occidente.

Baste con recordar aquí, entre otras muchas, la famosa Escuela de Traductores de Toledo, donde, sobre todo en el siglo XII, bajo la guía del Arzobispo Raimundo (1124-1151), fueron traducidas al latín las más importantes obras de la cultura árabe-islámica, que pudieron ser así difundidas en el Occidente medieval. Entre los traductores más conocidos de esta memorable escuela, donde trabajaban codo con codo musulmanes, cristianos y judíos, nos limitamos a recordar a Juan de Sevilla, Gerardo de Cremona, Domingo González (Gundisalvi), Ermanno de Carinzia, Mosè ha-Cohen, Abrabam Alfaquin, Garci Pérez.

En la España musulmana se desarrollaron de manera especial los estudios de medicina, astronomía, matemáticas, filosofía. Entre los médicos judíos que, además de ejercer su profesión, se dedicaron, gracias a sus notables y amplios conocimientos lingüísticos (hebreo, árabe y lenguas romances ibéricas), al arte de traducir, recordemos a Hasday ben Shaprut (915-970), que fue muy apreciado en la corte del Califa 'Abd 'r-Rahman III de Córdoba por su vasta cultura. Bajo su guía, y con la ayuda del monje bizantino Nicolás, un grupo de médicos cordobeses como Muhammad el botánico y el famoso Abu 'Abd Allah el siciliano, tradujeron al árabe la copia del manuscrito de la *Materia medica* de Dioscórides, enviada como obsequio al califa por el emperador bizantino Constantino VII.

Otras mediaciones culturales se deben al matemático y astrólogo de Barcelona Abraham ben-Hiyya ha-Nazi, mencionado a menudo como Savasorda (principios del siglo XII) y al famoso médico y teólogo Ibn Maymun de Córdoba (1136-1204), conocido en Europa como Maimónides.

Y como no recordar entre los musulmanes a los cirujanos Abu 'I Qasim Khalaf ibn 'Abbas Az-Zahrawi (Albucasis, post 936-1013 e.a.) y a Ibn Zuhr (Avenzoar, XII sec.); a los filósofos Ibn Bajja (Avenpace, m. 1204) y por último a Ibn al-Baytar (m. 1248) y a al-Ghafiqi (siglo XII), famosos por sus trabajos de farmacología y botánica, etc.

¿Cuánto debe Occidente al Islam? ¿Y cuánto debe el propio padre Dante a la cultura árabe-islámica? No es esta la ocasión oportuna para afrontar esta página de la historia de Occidente. Por lo que a Dante se refiere, bastará con remitir a *La escatología musulmana en la "Divina Comedia"* que el insigne arabista Miguel Asín Palacios

escribió ya en época no sospechosa, de 1919 hablamos, para demostrar la dependencia directa de la estructura de la *Comedia* de la Visión del Profeta Muhammad y de su viaje al reino de ultratumba, más conocido como *Libro de la Escala*, hipótesis más tarde refrendada por las investigaciones de Enrico Cerulli y recientemente (y por sorpresa) por el actual Presidente de la Società Dantesca Italiana Francesco Mazzoni. Pues si Dante se ensaña contra el Profeta, contempla con admiración la cultura y la ciencia de los musulmanes. Avicena y Averroes fueron los mayores comentadores de Aristóteles, y su influencia en el mundo medieval europeo es bien conocida aunque esté poco estudiada —piénsese en el respeto demostrado por Dante para aquel "Averois ehe il gran comento feo", a quien, junto a Avicena, hace acomodar en el Limbo, entre "li spiriti magni" que "sopra 'l verde smalto ... con occhi tardi e gravi ... parlavano rado, con voci soavi", reunidos en torno al "maestro de colo que sanno", es decir Aristóteles (Inf. IV, 143-44).

También la novelística de la tercera corona de la literatura italiana medieval (Boccaccio) fue conocida a través de las traducciones de Ibn Al-Muqaffa'; en cuanto a la poesía romance de los orígenes, se da ya por segura su descendencia de la árabe.

Una rápida alusión se merecen también otros científicos como Al-Khawarizmi —a quien debemos incluso el nombre de algoritmo y logaritmo— y Al-Biruni (973-1048), matemático, astrónomo, geógrafo y médico de enorme fama.

Todos ellos, y muchos otros, tuvieron el enorme mérito de dar a conocer en el Occidente cristiano la civilización árabe-islámica y

de transmitir parte del patrimonio intelectual clásico y oriental a la cultura europea.

Las intensas relaciones culturales entre el Oriente musulmán y el Occidente cristiano en tierras de España y en Sicilia nos inducen a reflexionar acerca del carácter, compuesto y unitario al mismo tiempo, de una tradición nacida de la exigencia de encuentro y mediación entre civilizaciones distintas, pero que nunca dejaron de mostrarse curiosas ante el parangón y el enriquecimiento recíproco, gracias a una apertura mental que, contrariamente a lo que siempre se dice y se piensa, existía en el Medioevo y es de esperar que no se pierda hoy.



Mahmoud Salem Elsheikh

Universidad de Florencia.